

Herencia crítica de Mariátegui

FELÍCITAS LÓPEZ PORTILLO T.

Siempre serán bienvenidos los trabajos que traten sobre la teoría y práctica de uno de nuestros más lúcidos pensadores: José Carlos Mariátegui, quien a pesar de una vida muy dura de dolores físicos, privaciones económicas y persecuciones políticas, creó una obra perdurable por su inteligencia, brillantez y amplitud de miras. Recordemos que, además no sólo reflexionó, con las herramientas marxistas asimiladas en sus cuatro años de estancia europea (1919-1923), sobre la problemática de su país, sino que se interesó de igual modo por los eventos más importantes de su tiempo, tanto de índole cultural —como el surgimiento de las vanguardias literarias y artísticas— como política —por ejemplo, las divergencias entre las fuerzas revolucionarias y las consecuencias de la primera Guerra Mundial, el surgimiento del fascismo y la Revolución mexicana, la disputa por la hegemonía imperialista entre Inglaterra y los Estados Unidos y las luchas obreras, el establecimiento del Estado soviético y las contradicciones surgidas entre sus dirigentes, por mencionar sólo algunos de los acontecimientos a los que prestó atención.

Emigdio Aquino escoge, en la rica diversidad del pensamiento mariateguiano, lo relativo a la formación nacional y su consolidación a través del tiempo, conceptos que elabora junto al análisis de la burguesía peruana, clase social que se ha mostrado incapaz de llevar a feliz término las tareas de la revolución democrático-burguesa: la democratización, la industrialización, la reforma agraria y tributaria, la creación de un mercado interno nacional y un sistema educativo universal obligatorio.¹ Aquino desmenuza los planteamientos

del teórico marxista peruano a este respecto, pero no los analiza críticamente. Si bien es cierto que ahora contamos con la suficiente perspectiva histórica para poner en entredicho muchos de los planteamientos mariateguianos, lo anterior no quita ni un ápice a su grandeza. Al contrario, se valoran más sus aportaciones, sobre todo por el carácter libertario y justiciero de las mismas.

En la página 24 del libro aquí comentado se lee que, después de la guerra del Pacífico contra Chile (1879- 1884), cuando se perdieron las ricas zonas salitreras y guaneras, base de las exportaciones peruanas, la nación se vio envuelta en una crisis económica, política y moral, lo cual es rigurosamente cierto, pero ya no lo es tanto afirmar que ello se debió a “la incapacidad de las clases dominantes de asumir la defensa territorial del país, lo que demostró su profundo carácter antinacional”. Matizar, matizar, he ahí el problema. Chile contaba con un Estado consolidado y con una clase dominante capaz y ambiciosa, amén de un ejército disciplinado y profesional entrenado por oficiales prusianos. En otras palabras, como en México hace siglo y medio, no quedaba otro camino que firmar la paz y aceptar la pérdida de territorio. Lo anterior no quiere decir que esté en favor de un determinismo histórico ni nada por el estilo, pero la realidad tiene la cabeza dura, como decía Marx.

Lo mismo vale para el tratamiento de la oligarquía feudal terrateniente de la sierra o la burguesía comercial y financiera que medraba en la costa: ¿cómo, de una clase social en ciernes, atrapada entre el imperialismo extranjero y el tradicionalismo de su sociedad, se puede esperar que se convierta en algo así como los Krupp de Alemania y dé el salto a un capitalismo nacional autónomo? En el apartado dedicado a

analizar el proceso económico de la llamada “República Aristocrática” (1883- 1919), se apunta que el capital extranjero, otrora británico y ahora estadounidense, inauguró un nuevo ciclo económico dedicado a la exportación de nuevos productos: azúcar, algodón, metales industriales, petróleo. Emigdio Aquino afirma que con este proceso

se completó la conformación neocolonial del país como exportador de materias primas y, por supuesto, se canceló la posibilidad de un desarrollo autónomo y nacional. Por estas razones la burguesía peruana no pudo ser nunca una clase dirigente, sino un instrumento de dominación del imperialismo. (p. 32.)

Estoy completamente de acuerdo con estas aseveraciones, pero vuelvo a lo mismo: ¿de dónde iba a sacar la oligarquía agroexportadora las características de una clase empresarial capitalista moderna, ya no digamos dinámica y eficiente —si bien, dentro de ciertos límites, sí lo era—, sino democrática e inclusiva? No deben extrapolarse las categorías históricas del marxismo europeo a las realidades de nuestros países: nuestras burguesías nunca tuvieron ninguna posibilidad de ser como las burguesías clásicas de los países desarrollados, pues las condiciones históricas para ello jamás surgieron. Tampoco debemos ser tan tajantes al negar la complejidad histórica y los esfuerzos de nuestros países en pos de su desarrollo, que no desaparecen con el argumento de que propiciaron mayor dependencia y explotación.

Ejemplo de la debilidad estructural del Estado peruano y las clases dominantes que lo sustentaban es el intervencionismo estadounidense que, durante el oncenio de Augusto B. Leguía (1919-1930), no solamente se apoderó de las riquezas del país, sino que fiscalizó la educación (primaria y secundaria) y tuvo injerencia en la marina y la fuerza aérea (aunque quizá sea aventurado presumir la existencia cabal de estas armas, habida cuenta de que el ejército es el mandón en nuestras fuerzas armadas, como heredero que es de las luchas independentistas). Las aduanas también fueron administradas por los Estados

¹ Ignacio Sosa, *Conciencia y proyecto nacional en Chile (1891-1973)*, UNAM, México, 1981, p. 52.

Unidos, tal como sucedió en Nicaragua y algunas islas del Caribe. Durante el gobierno de Leguía, "El financiamiento externo sirvió para cubrir los gastos del crecimiento del aparato estatal y la expansión urbana: la deuda externa creció diez veces de 1918 a 1929." ¿Quiere esto decir que las clases dominantes internas no conseguían apropiarse ni siquiera del suficiente excedente económico necesario para financiar el aparato estatal? ...Esto nos da una idea de su debilidad ante la economía de enclave, pero a pesar de ello don Emigdio escribe: "Se hicieron algunas inversiones en la industria de la construcción, lo que en general podía satisfacer ciertas demandas sociales, pero no hubo un incremento productivo real que permitiera al país un desarrollo industrial y autónomo" (p. 34).

En el texto comentado se recargan las tintas sobre las clases dominantes internas, pero se pasa como sobre ascuas cuando se trata de la población indígena, la cual representaba las cuatro quintas partes de la población total en tiempos de Mariátegui. Se hace hincapié en las inhumanas condiciones de vida en que estaban sumidas las comunidades, en su atraso, miseria y explotación, lo que era, y por desgracia sigue siendo, rigurosamente cierto. Ante este desolador panorama, ¿cómo se piensa erigir un mercado interno que sea la base de una industria nacional? Practicantes de un "comunismo incaico", los indígenas mantenían relaciones de solidaridad que Mariátegui rescata para la construcción de la futura sociedad socialista. A este respecto, y como apunta el doctor Abelardo Villegas, el intelectual peruano niega que el terrateniente criollo pueda pasar de un estadio feudal a uno capitalista, pero el indígena, "marginado y explotado, puede pasar de su condición comunitaria y servir a la organización socialista".²

Aquino hace una interesante exposición del indigenismo, creación intelectual de las clases altas y medias de Perú. Este movimiento fue muy importante para dar a conocer la deprimida situación

de la población mayoritaria y su derecho a la tierra y al respeto de sus formas de vida y cultura. Surge así la polémica sobre la "asimilación" o la "integración":

Lo primero había significado históricamente su destrucción; lo segundo planteaba la posibilidad de que el indígena y su cultura, o lo que quedaba de ella, fueran base de la integración nacional. En torno a estos problemas giró la discusión durante las tres primeras décadas del siglo XX. (pp. 53 y 54.)

Se menciona también la obra del precursor Manuel González Prada, así como la posición ideológica y política de Víctor Raúl Haya de la Torre quien, paradójicamente, sale exiliado del Perú el mismo año que regresa Mariátegui de su fecundo exilio europeo, 1923, con motivo de su protesta por la consagración del país al Sagrado Corazón de Jesús. Aquino señala muy bien las coincidencias y discrepancias entre la concepción nacionalista reformista del fundador del APRA y la intransigente defensa que Mariátegui hace del socialismo y de la clase obrera como vanguardia de la revolución. Aclaremos que, en el caso de su país, tal vanguardia estaría representada por las masas indígenas, tarea que se les facilitaría por practicar un comunismo primitivo.

De vez en cuando el autor comenta externa temerarias apreciaciones, teñidas muchas veces de un maniqueísmo cargado a la izquierda. Sirva de ejemplo solamente la siguiente cita, cuando Aquino se refiere a los actuales gobiernos latinoamericanos: "En particular, las formas de gobierno vigente en América Latina se parecen más a las fascistas que a las formas democráticas y liberales decimonónicas." Sostiene que la salida a la crisis actual es el socialismo, y remata: "Conviene no olvidar que la más radical de las revoluciones, la francesa, también tuvo su periodo de restauración monárquica" (p. 79). Me temo que estas maximalistas afirmaciones no se ajusten a nuestra realidad actual. En el caso concreto de México, vivimos un periodo de transición democrática —que se ha prolongado demasiado, pero en ello estamos— donde por primera vez en dé-

cadass se realizan elecciones creíbles y respetadas por (casi) todos. No puede decirse que en nuestro país se haya vivido en el terror y que el sistema político surgido de la revolución no contara con legitimidad. Esto sin mencionar lo que pasa en el resto de Latinoamérica, donde se viven procesos democráticos más o menos estables aunque, eso sí, siga sin resolverse el círculo vicioso de las tres d: deuda, droga y desarrollo.

Los actuales procesos de integración supranacional imponen la necesidad de redefinir los conceptos de soberanía e independencia —tan caros a nuestros Estados, reconozcámoslo, pues llevamos casi dos siglos de lenta y trabajosa formación nacional. Ante esta realidad, debemos reflexionar sobre el concepto de Estado nacional —y el libro reseñado invita a ello—, esa ficción surgida del Siglo de las Luces que pareciera tener sus días contados tal como la conocemos. En la actualidad, ¿qué país tiene resuelto el problema nacional? En los mismos Estados Unidos se descubre la obra de Vaconcelos y su *Raza cósmica*; en esta nación se registran graves problemas de convivencia entre sus diversos grupos étnicos, pues el *melting pot* no ha mostrado funcionalidad para integrar a vietnamitas, árabes o hispanos. La cuestión nacional es una problemática urgente y vigente en casi todas partes, y debemos resolverla pacíficamente para conjurar el fantasma del genocidio tipo Yugoslavia.

Mariátegui murió prematuramente en abril de 1930, a los 35 años, dejándonos el primer análisis marxista de nuestra realidad. Aunque muchas de sus aseveraciones no se compadecen con la situación actual, pues los tiempos han cambiado, nos queda su herencia de lucha infatigable en pos de un mundo mejor para todos, en especial para los menos favorecidos de nuestras sociedades ya que, me temo, su situación no ha mejorado mucho desde entonces. El libro reseñado es un mensaje esperanzador en el sentido de que las utopías todavía siguen vigentes. ♦

Emigdio Aquino: *José Carlos Mariátegui y el problema nacional*, UDUAL-CCYDEL (Colección Idea Latinoamericana), México, 1997. 236 pp.

² Abelardo Villegas, *Reformismo y revolución en el pensamiento latinoamericano*, Siglo XXI, México, 1972, p. 162.